

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA

aprobacion eclesiástica,

y bajo la direccion

DE

E. Lozano de Vilchez.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, seccion doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instruccion religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los dias 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES,

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisicion de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, y que se expendan en todos los estancos; admitiéndose tambien los pagos en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

23 de Setiembre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 19.

SUMARIO.

La ciencia más cierta.—Los alas del génio, poesia.—
La Indiferencia.—Seccion doctrinal, La senda del cielo.

LA CIENCIA MÁS CIERTA.

POR MDA. MATILDE BOURDON.

(CONCLUSION.)

Este último acto de generosidad pareció haber puesto el sello á la vida noble y pura del colono: desde aquel dia fué perdiendo las fuerzas y su salud pareció destruida irremisiblemente.

El fuego que habia arrostrado demasiado cerca, le debilitó extremadamente la vista; una fiebre lenta minaba su existencia, y á ella vino á añadirse un cirro en el pecho que, habiendo adquirido un rápido desarrollo, causó á Manuel

continuos y violentos dolores. Dentro de poco tuvo que renunciar absolutamente á sus habituales trabajos, que se vió en la precision de confiar á Estéban; la debilidad de la vista no le permitió salir de casa, y sus continuos padecimientos le obligaron á guardar cama. Dios, á quien habia servido con tanta fidelidad, no exigia ya de él el valor, la vigilancia, la ardiente caridad, el celo ingenioso, las virtudes activas que hasta entonces practicara Manuel con admirable constancia; solo queria que ejercitase la paciencia y la resignacion, cualidades santificantes de los enfermos, último grado de perfeccion dado al cristiano que, á semejanza de su divino Maestro, debe morir como víctima, clavado en la cruz. La gracia, á la que Manuel habia correspondido con fidelidad en sus buenos dias de fuerza y salud, no le faltó en los de enfermedad; así que daba á los que le rodeaban los más be-

llos ejemplos de paciencia y resignacion. Su inquebrantable valor era humilde, sin embargo; sin buscarlas, aceptaba las muestras de compasion que se le daban, como un testimonio de simpatía y caridad: recibia los servicios y cuidados de su mujer, hermano y criados con una sonrisa de amistad y gratitud; más su alma, tan sensible á los buenos oficios de los otros, era fuerte consigo misma: fuerte contra el dolor, fuerte contra la tristeza y el tedio, que venian á asaltarle á menudo en medio de las tinieblas y de la inaccion en que le tenia sumido su semi-ceguera. En este estado insoportable á la naturaleza, Manuel no cesaba de elevar su pensamiento al cielo y unir sus sentimientos y dolores á los sentimientos y dolores del Hombre-Dios. Muchas veces, postrado por la fuerza del mal, rendido bajo el peso de aquellas horas tan largas y crueles, decia á Estéban, que le compadecia afectuosamente:

—Querido hermano, verdad es que padezco mucho, mucho; y el exceso del dolor puede arrancar algunas quejas á mi debilidad; pero sin embargo, en el fondo de mi alma, siento una gran satisfaccion, una paz inalterable y profunda, porque la conciencia me dice que he cumplido con mis deberes durante toda mi vida; al verme clavado aquí en este lecho, experimento una alegría y un consuelo que no puedes imaginarte, porque me parece tener cierta semejanza con el Hijo de Dios, con Jesús cuando espiraba en medio de los más atroces é inauditos tormentos, de los cuales ni aun sombra llegan á ser los míos. Hasta la tristeza que á veces se apoderaba de mí, la sintió él también, pues la víspera de su sacrificios exclamaba que su alma estaba triste hasta la muerte..... Mis ojos no pueden ver ya el crucifijo, pero le palpan mis manos; sí, mis manos palpan esos brazos extendidos, esos piés taladrados, ese costado abierto, esa frente coronada de espinas; mi pensamiento se fija en aquella alma santísima, sumergida en un abismo de tristeza, y al ver á mi Capitan, á mi Modelo, en semejante estado, ¿puedo quejarme y desesperarme? ¡Oh! no; pues padeciendo y muriendo imito á mi Salvador, y en él y por él espero gozar, despues de estos cortos padecimientos, de un descanso y de una felicidad que nada alcanzará á turbar en adelante. ¡Lloras, Estéban! ¡Ah! ¿por qué lloras ante unas penas que son prenda de una dicha eterna? ¿Temes que muera? La muerte no hará más que separarnos por algunos días, porque, como lo espero, nos volveremos á encontrar allá arriba....

Las mismas palabras de fe y esperanza dirigia á su mujer y á los criados, de quienes era tiernamente amado, y dictaba para su hijo cartas en que la ternura del padre se confundia con la fortaleza del cristiano. Cuando se quedaba solo, se entregaba á la oracion; esforzándose en traer á la memoria lo que habia leído en otro tiempo en la Historia Sagrada y en las vidas de los Santos, alimentándose en su soledad con el recuerdo de los escogidos, que fueron todos sin excepcion, fieles amantes de la cruz.

Así trascurrieron muchos meses. Una mañana el cura del pueblo entró en la granja; hallando á Manuel solo, se sentó junto á su cama, y, cogiéndole de la mano, le dijo:

—Estoy encargado de una comision para vos.

—¿Qué comision, señor cura?

—Mateo, el carretero, cuya hija salvásteis de las llamas, me encargó ayer, en el tribunal de la penitencia, que solicitara vuestro perdon; se reconoce culpable de la muerte de vuestro hermano; y, movido de vuestra generosa conducta os suplica que le perdoneis.

—¡Ah! señor cura, dígame V. que le perdono del fondo del corazon, y que estoy seguro de que mi querido Sebastian ratifica mis palabras. ¿Qué alegría me da V.! ¿Con que Mateo se ha reconciliado con Dios?

—Sí, amigo mio: apartado mucho tiempo hacia de la Religion, ha vuelto á su seno al ver la abnegacion, la generosidad, el heroísmo que sabe inspirar. ¿Habíais rogado por él?

—Sí, señor cura (y sus pálidas mejillas se tiñeron de un ligero color de púrpura), sí, habia pensado algunas veces en él. ¡Ah! si mi hermano quisiera seguir el ejemplo de Mateo!

Pero ¡ah! nunca desesperaré de la misericordia de Dios! Tome V., señor cura, este libro de la *Imitacion*; déselo á Mateo, como una prenda de mi amistad, y dígame que deseo lo entregue á su vez á Clarita, el día en que haga su primera Comunión, para que aquel día ruegue por mí que ya habré dejado de existir.

El cura tomó el libro, estrechó la mano del buen colono, y se alejó, dejándole entregado á las dulzuras de una idea consoladora. Desde aquel día, esa idea embargaba á menudo el ánimo de Manuel, y hasta en los frecuentes accesos de delirio; ocasionados por la fiebre, se le oia repetir: «Contemos, contemos las almas... ¿Cuántas están en el cielo? ¡Isabel, mi padre, Sebastian, Susanita!... Mateo irá también... pero Estéban!...» y pronunciaba este nombre con acento de dolorosa angustia, en presencia misma del que lo llevaba.

Acercábase el tiempo de la Pascua. Manuel quería ir á cumplir el precepto pascual en la iglesia de la parroquia, para dar hasta el último instante ejemplo de una entera sumisión á las leyes de la Iglesia.

—Esto no puede hacerme ningun daño, decía á su esposa que procuraba disuadirle de ello, exponiéndole los temores que abrigaba sobre las consecuencias de aquel paso. Manuel escuchaba con agrado las observaciones de su esposa, que veía dictadas por el mas puro amor; acaso este mismo amor le exageraba los peligros; acaso él se hacia ilusiones sobre las fuerzas que le quedaban. Sea de esto lo que fuere, la buena Ana no pudo recabar de él que renunciara á su piadoso proyecto. El día de jueves santo se hizo poner su mejor traje, y, apoyándose en el brazo de su fiel compañera, se arrastró hasta la rústica iglesia del pueblo. Nunca acaso habia asistido con mas viva devoción á aquellas augustas ceremonias que respiran la ternura y la grandeza del Cristianismo; nunca acaso se habia acercado á la sagrada mesa con un corazón mas tranquilo y mas fervoroso... Otro hombre participaba á su lado del divino banquete, otro hombre recibió aquella sagrada Hostia que guarda nuestras almas para la vida eterna; aquel hombre era Estéban, Estéban, á quien habia por fin vencido la ardiente caridad de su hermano.

Al salir de la iglesia, Manuel halló para apoyarse el brazo de su hermano mayor, que le dijo brevemente y con emoción:

—Yo tambien he cumplido el precepto pascual á tu lado, y no lo omitiré ya mas en adelante.

Manuel levantó al cielo sus apagados ojos. Habia llegado al colmo para él la medida de alegría y de dolor.

Al llegar á casa tuvo que meterse en cama, pero se notaba en su rostro un aire de satisfacción celestial: hablaba á todos con una alegría, dulzura y afabilidad, que probaba bien á las claras la plenitud de felicidad de que estaba inundada su alma. Solo, dirigiéndose á la buena Ana, dijo:

—¡Ah! ¡si José estuviese aquí!... nada nos faltaría,...

Al verle tan alegre, todos concibieron halagüeñas esperanzas de un próximo restablecimiento, pero se engañaban; no eran mas que los últimos destellos que habia de arrojar acá abajo aquella hermosa alma. El día de Pascua pareció agravarse considerablemente el estado del enfermo; y continuos desmayos hacían presagiar una muerte cercana. Al anoecer el peon conductor de la correspondencia trajo una carta con

sello de París. Ana la abrió, y, enjugándose los ojos, púsose á leerla; más apenas la hubo recorrido con una rápida ojeada, volvióse hácia la cama, donde yacía moribundo su marido, prorumpiendo en una exclamación de dolor. Manuel, que acababa de salir de una larga crisis, se apercibió de ello, y le dijo:

—¿Qué tienes, Ana?

—¡José vuelve! exclamó ella. Su regimiento, venido de Africa, acaba de llegar á París; nuestro hijo ha obtenido licencia, y dentro de algunas horas estará aquí.

—¡Ah! Señor, exclamó Manuel, hágase vuestra voluntad, y no la mía; sin embargo desearia mucho ver á mi hijo antes de morir!

Esta súplica paternal fué atendida; el buen colono vivía aun, cuando al día siguiente por la mañana la diligencia dejó sobre la carretera del pueblo á un joven sargento que llevaba impreso en su semblante el sello de la más cumplida felicidad. Aquel joven corrió á la granja, con el paso gozoso y apresurado de un niño; pero en el umbral de la puerta halló á Estéban, que en pocas palabras le participó la funesta noticia. El pobre José se puso pálido y tembló, porque acerca el estado de su padre se habia formado las halagüeñas ilusiones á la juventud, y Estéban tuvo que sostenerle para acompañarle al lecho en que Manuel estaba muriéndose.

—¡José! ¡José!» exclamó la buena madre que miraba á su hijo con los ojos anegados en llanto.

Manuel alargó la mano; y despues de palpar por largo rato la cabeza del hijo á quien no podía ver ya, le dijo con voz desfallecida y espirante:

—¡Por siempre bendito y alabado sea Dios! ¡al fin vuelvo á encontrarte! ¡Dígnese el Señor bendecirte, como te bendigo yo, hijo mío!

—Querido padre, ¿no tiene V. algo que mandarme? ¿qué he de hacer?

—Observa los mandamientos de Dios.»

Estas fueron las últimas palabras que el colono dirigió á los hombres. Estrechó de nuevo la mano á su hijo, á su esposa y su hermano; mas ya no salieron de su boca sino exclamaciones entrecortadas, que iban dirigidas á Dios, y en medio de esos dulces coloquios, su alma voló al seno del Criador, á quien habia servido fiel y exclusivamente durante toda su vida.

M. MATILDE BOURDON.

LAS ALAS DEL GENIO.

LEYENDA.

I

Corre el año mil quinientos
Cuarenta y dos en Granada,
El César manda en el mundo
Y tiene el trono en España.
Granada, mitad es mora,
La otra mitad castellana
Y á vueltas de las esquinas
Hay encuentros y estocadas.
Entre los nobles donceles
É hidalgos de espada larga,
Que á caza van de aventuras
Nocturnas, encarnizadas;
Y rondan en calle estrecha
Ajimeces y ventanas
Y requieren los estoques
Después de la serenata;
Y dan billetes sentidos
(Porque les muestre la cara)
Á la gentil encubierta,
Que por doquier los arrastra;
Y empellones á las dueñas
Al torcer la encrucijada
Y á la moza *corre-y-dile*
Un maravedí de plata;
Hay uno que lleva al cinto
Solo ha tres meses la espada
(Razon porque se supone
Que ya le apunta la barba);
Y no se mezcla en las riñas,
Ni sigue al templo á las damas,
Ni ronda la calle oscura,
Ni á las dueñas tiene rabia;
Ni, aunque son suyas las trovas
Mas sentidas, va á cantarlas;
Ni sube nunca á las cejas
El embozo de su capa;
Ni penetra en el palacio,
Donde primero sus cántigas
Entraron, las ricas puertas
Poniéndole al punto francas.
Apuesto, bizarro, noble,
Ni es quijote, ni hace trampas,
Y aunque es de juicio sesudo,
No es sentenciosa su habla.
Tiene el alma de paloma,
La imaginación es águila,

Es su corazón de fuego
Y centellas sus miradas.
Es galante sin requiebros,
Ni alambicadas palabras,
Sin descompuestas medidas,
Sin soñadas esperanzas.
Y este corazón gigante,
Que pone á los vicios valla
Y sus pasiones enfrena,
Es cautivo de una dama.
Como el pececillo incauto
El corvo anzuelo se traga
Y luego en vano pretende
Nadar brioso en la playa,
Enclavósele de Estrella
En los ojos toda el alma
Y del mar de su albedrío
Vino á la tierra apenada.
Y en vano quiere alegrarse,
Pues se le saltan las lágrimas;
En vano invoca á las musas,
Pues solo viene su amada.
No hay castellana leyenda,
Ni tradición en la Alhambra,
Ni en el Albaicín hay cuento,
Ni conceja hay en Bib-rambla,
De la que no se destaque
Aerea, intangible, plácida,
De Estrella la alma figura,
Que le sonríe y halaga.
No hay arroyo en la ancha vega,
Ni pájaro en la enramada,
Que no le finja en sus ecos
La voz que ciego idolatra.
Y aunque el bardo en el romance
Pinte á las doncellas lánguidas
Los bellos ojos azules,
Como el cielo en noche clara,
Á nuestro doncel se muestran
Negros y de intensa llama,
Porque negros son los ojos
Con que le incendian el alma.
Ama á Estrella como al viento
El condor de fuertes alas
Y como á la blanca nieve
Los picos de las montañas.
La quiere como á los valles
El torrente de ondas bravas,
Que, cuando á sus flores llegan,
Se tornan dulces y mansas.
La quiere como á los ojos
Quiéren sin duda las lágrimas,
Que son penas que se endulzan,
Cuando de los ojos manan.
La quiere como á la noche

Ama el capullo, que aguarda
 Las gotas de su rocío,
 Que traen esencia á sus galas.
 Y la quiere como al cráter
 Del volcan la ardiente lava,
 Que es el amor de la tierra
 Al sol que impulsa su marcha.
 Estrella de este amor puro
 Ve la inestinguible llama
 Y la alienta, de desdenes
 Echando en la hoguera zarzas.
 Mas que al doncel quiere Estrella
 Del bardo apuesto la fama;
 Y porque á su nombre cante
 Le envia dulces miradas.
 Y le muestra amor purísimo,
 Platónico, que aventaja
 Al casto amor de Beatriz
 Al triste cantor de Italia.
 Y pone al torrente dique,
 De indiferencia extremada,
 Por gusto de ver las ondas
 Del amor saltar la valla,
 Y escuchar orgullecida
 Las dulces notas que arranca
 Al laud, que en vez de trovas
 Gemidos hondos exhala.
 Estrella quiere á un don Nuño,
 Que espuela dorada calza
 Y que marchó para Flandes
 Al frente de su mesnada;
 Y aunque le lleva seis lustros,
 Ama el lustre de sus armas
 Y sueña con la nobleza
 De su remota prosapia.
 Y ocultando estos amores
 Su vuelta anhelante aguarda,
 Mientras los cantos del vate
 Llenan de ensueños su alma.
 Mal la llamaron Estrella;
 Más le cuadra luna blanca,
 Por la verdad de su rostro
 Y el giro que dá á su marcha.
 Luna es que del sol recibe
 La luz que brillante irradia,
 Que es el amor que en sus versos
 El claro doncel le manda.
 Y ella gira alrededor
 De la tierra que se apaga,
 Que es don Nuño que luz solo
 Ve en el blason de su casa.
 ¡Ay infeliz del poeta!
 ¡Ay tristes sus esperanzas!
 ¡Ay del corazon que rinde
 Á quien desdeña sus ansias!

II.

Es de noche: pardas sombras,
 Como el delirio confusas,
 Vinieron sobre Granada,
 Cual vampiros á una tumba.
 Rodaron de su alta sierra
 Siniestras, frias y húmedas,
 Dejando del Mulhacen
 La alba cabeza desnuda.
 Aun no rondan esparcidas
 Por la ciudad las patrullas
 Curtidas á cintarazos
 Por su vigilancia suma;
 Y un galan como otra sombra
 Más negra, las calles cruza,
 Agitando del sombrero
 La blanca y rizada pluma.
 Por los pliegues de su embozo,
 Que las cejas no le oculta
 Y el estoque que se esconde
 Todo en la capa de púrpura,
 Se comprende que es bizoño
 Y que á rondar no acostumbra
 Por vicios las rejas donde
 Aguardan las hermosuras.
 Es nuestro doncel que lleva
 En el alma taciturna
 Alas de vivos deseos,
 Que sus pasos apresuran.
 Quince dias son pasados
 Desde que vió la vez última
 Á Estrella, y al corazon
 Ataraza negra angustia.
 Quince dias que á Granada
 Dejó por seguir la ruta
 De un negocio que á su padre
 Mucho importa se concluya.
 Y quince dias contados,
 Como el marino entre bruma
 Y rudo oleaje cuenta
 Los que al alta luna fúlgida
 Faltan para iluminar
 Del pueblo la casa rústica
 Donde impacientes esperan
 Verlo llegar con la luna.
 El alma lleva en los ojos,
 En el pecho brama ruda
 Tormenta de afan y vuela
 De puerto apacible en busca.
 Y las calles tortuosas
 Solas, medrosas y oscuras
 Laberinto le parecen
 Del que no vá á salir nunca.
 Por fin como todo llega

Y la esperanza es anubla
 Con la triste realidad
 Ó con la alegre fortuna;
 Llegó el mancebo á una calle,
 Que el Dauro amante arrulla,
 Donde un cielo de amores
 Sa blanca Estrella fulgura.
 Miró bien, porque el dichoso
 De la dicha siempre duda,
 La fachada de la casa
 Entre la incierta penumbra;
 Y al buscar la hermosa reja
 En donde Estrella se escuda,
 Sintió vacilar el suelo
 Bajo su planta insegura.
 Pegado bien á sus hierros,
 Que en forma de aspas se cruzan,
 Está un galan tan amante
 Que de quien pasa no cura.
 Su vida le está robando
 Y en su amor ciego lo juzga
 Satanás, que de los cielos
 Ronda las puertas augustas.
 Llevóse anhelante mano
 Al rostro, por ver si anublan
 Sombras de sueños sus ojos
 Ó celos negros los turban.
 Y tornó á ver al galan,
 Cual ladron de su fortuna;
 Y quiso hablar, y de cólera
 Las palabras se le anudan.
 Corrió á la reja y vió á Estrella
 Trémula, hermosa y confusa,
 Repitiendo allí á don Nuño
 Mil palabras de ternura.
 Rugió cual leon herido
 Con fiera rabia iracunda;
 Hízose atrás y la espada
 Brilló en el aire desnuda.
 —Malhaya seas, mujer,—
 Dijo con tremenda furia,
 —Que el corazon me destrozas;
 —Malhaya seas, perjura.—
 Y, al embestir á don Nuño,
 Del volcan donde fluctúa
 La sangre, subió á sus sienes
 Y volcólo en tierra dura.

(Concluirá.)

LA INDIFERENCIA.

Hay algo mil veces más espantoso que la muerte y es esa terrible enfermedad del espíritu que se llama la indiferencia; ¡Dios mio! qué doloroso debe ser el desamparo del alma, que va navegando por un mar sin riberas, incierta de su destino, rodeada de sombras y perdida en medio de vastas soledades! No de otra suerte, van, segun el poeta, las almas solitarias por los espacios desiertos y reinos vacios donde dominan el perpétuo silencio y las congojas y las ansias vengadoras.

Yo he visto á un hombre herido súbitamente por la mano invisible del infortunio. Era pobre y la flor que perfumaba su hogar fué á caer pálida y marchita en un sepulcro vacio; era rico y contraria la fortuna le hizo probar las amarguras de la pobreza; era fuerte y el viento de la adversidad despobló su cabeza y la inclinó hácia la tierra, como las ramas del sauce se doblan sobre una orilla desierta. Le hablé de Dios y se sonrió tristemente, pero con la sonrisa helada de la incredulidad y de la indiferencia. Desventurado! Él no comprendia ese lenguaje, él no sabia que habia un bálsamo que mitiga los dolores, una luz que enciende súbitamente el corazon con el fuego del amor y de la esperanza, una vida que no es la mezquina y fugitiva que se deshace como espuma vana en las riberas de la eternidad.

Entoces fijando en mí sus ojos tristes y frios me dijo una palabra horrible que me causó cierta impresion penosa. «La mejor almohada para el espíritu es la duda»—y lanzando una risa violenta se separó de mí.

—Si, le grite, si, oh espíritu desventurado, pero esa almohada es la del sepulcro donde descansan las cabezas muertas para la fé, los corazones muertos para el amor, los entendimientos muertos para la verdad.

Mas adelante le ví postrado en el lecho, pálido, revolviendo los ojos desencajados á su alrededor y agitando sus manos con la convulsion violenta de los remordimientos interiores. ¡La duda!... la nada!... el alma!... qué palabras tan espantosas! gritaba, ¡quitadme esos espectros que me acosan y persiguen! vedlos! vedlos! vienen hacia mí y me rodean y me arrastran por abismos sombríos! luz! luz! y levantándose con el ímpetu de la desesperacion pugnó un punto como para desasirse de enemigos invisibles y cayó de nuevo aletargado sobre las revueltas

topas, diciendo con voz ronca y apagada, luz! luz!...

Tú; ¡oh Madre amorosísima de piedad! la viste entonces del desdichado moribundo é hisiste caer blandamente sobre sus ojos un rayo de aquella luz que pedia desde el abismo de su desesperacion, tú bañaste aquella frente réproba en la claridad celestial de la misericordia divina y un alma regenerada por el arrepentimiento debió acaso á su afecto jamás confesado ó instintivamente sentido hacia tí, que se cerraran ante ella aquellas puertas del eterno dolor y donde no habita la esperanza.

Oh! ¿quien sabe los misterios de amor, de piedad, que se consuman en la morada que visita la muerte? ¿quién conoce los secretos impulsos que en aquel instante nacen en el alma desventurada, las sollicitaciones amorosísimas de que le hace objeto una misericordia que todavia no ha cedido el paso á la eterna justicia y la violencia dulcísima, con que es forzada á romper las cadenas del pecado ó del error para corre como el siervo sediento al manantial de la reconciliacion y de sus esperanzas mortales?

Cuando los ojos de aquel hombre se cerraron para siempre, me separé de él abatido y con el corazon oprimido de tristeza. ¿Qué? me dije, será que la razon, soberbia, altanera y ciega rechaze la verdad en las horas frágiles de la vida, para confesar luego su impotencia y extravios en los dinteles de la eternidad? Entonces vinieronseme á la memoria aquellas palabras terribles: «vi al impío gritando: ¡no hay Dios! Pasé y ya no existia.»

En efecto, ¡que ceguedad, qué delirio tan grande se ha apoderado de la razon del hombre! Cree que está encadenada, sometida á un poder opresor y soberbia se encamina á las regiones espirituales donde mora la verdad, ignorando que á ellas no se asciende con las alas del orgullo, sino con las de la fé. ¿Decis que esta es ciega y oscurece los senderos de la inteligencia? Ah! sí; lo es para los intereses de la materia, para la vida de la carne y de las pasiones, así como el orgullo es ciego para los grandes intereses del espíritu, para explorar las regiones infinitas donde irradia la eterna claridad de un sol que ni declina ni muere.

Si ese sol hubiera brillado ante Platon, Sócrates, Ciceron, Virgilio, ante las grandes inteligencias de la antigüedad ¿creeis que no hubieran doblado la rodilla ó inclinado ante él la frente venerable? El uno sentado sobre una roca del Cabo miseno, medita enfrente de las revueltas olas sobre los destinos de ese otro mar inquieto

y turbulento que se llama la raza humana y vislumbra los dolores y la muerte del varon justo, así como la necesidad de una revelacion divina; el otro enamorado de la belleza ideal y de la verdad eterna, sacrifica por ellas tranquilamente la vida; el grande orador latino derrama sobre la memoria inmortal de Escipion, los resplandores de un mundo desconocido preparado para aquellos que cultivan la piedad y la justicia; y el dulcísimo poeta que conduce á Dante al través de la ciudad doliente, adivina las espirituales delicias del amor cristiano y anuncia en medio de Roma corrompida «la nueva raza que descende del alto cielo y el infante que vá á nacer.»

Ah! no lo dudeis, todos ellos y detrás aquel mundo sentado en las tinieblas, habrian abierto sus ojos velados, ay! por el orgullo y la idolatría, clamando embriagados en el éxtasis de una contemplacion divina: ¡somos cristianos!

¿Habeis leído la admirable escena de la presentacion de Pablo ante los sabios de Areopago? «Varones atenienses, dice aquel humilde peregrino que viene á confundir el racionalismo griego, con la elocuencia aprendida en Jesucristo crucificado, entre vuestros simulacros he encontrado un altar levantado al Dios desconocido. Este Dios que ignorais vengo, pues, á anunciaros. Un Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él existen; en el cual vivimos, nos movemos y somos; que viendo estos tiempos de ignorancia anuncia á los hombres que hagan penitencia porque ha de llegar un dia en que juzgue á todo el órbe.» Ah! ¿no sentis el influjo de esta elocuencia divina? ¿no veis la palabra de ese hombre rodeada de una magestad desconocida como el Dios que vá á anunciar? ¿No veis aquella asamblea turbada de repente en la posesion de una ciencia que todo lo ignora, quedar suspensa y en profundo silencio, aguardando que aparezca el Dios que adora sin conocer? ¿No os admira el valor sobrenatural de ese hombre, que deja oír la palabra «penitencia» en medio de aquellos partidarios de Leuceipo ó Epicuro, amaestrados en las artes del placer por las Tais y las Aspacias? Y sin embargo, ese peregrino humilde, ese oscuro judío no vacila, no tiembla, ni se deslumbra ante la magestad de la asamblea. ¡Viene á anunciar al Dios desconocido! Viene á proponer y resolver los mas tremendos problemas, ante los cuales ha retrocedido la ciencia humana, temerosa de penetrar abismos insondables.

(Concluirá.)

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Pasado el primer momento, se empezó á pensar en las consecuencias de aquel hecho y en el modo de evitarlas.

Lo primero fué ponerlo todo en orden.

Después, conducir á la jóven accidentada aun á su cuarto.

Reflexionando detenidamente pensaron que quizá no se habría apercibido de nada, y que en todo caso fácil era negar: puesto que ni habia pruebas ni testigos.

Para mayor seguridad, yo salí de la casa, y fuí á inspeccionar los alrededores por si alguien se habia acercado y habia podido oír algo.

Pronto me convencí de lo contrario. Los trabajadores dormían en la era, y yo me coloqué á su lado esperando que amaneciera.

Entre tanto Dolores, habia vuelto en sí, tendida en su cama y presa de una calentura espantosa.

Las impresiones terribles que habia sufrido, el dolor, el miedo y... quien sabe? tal vez el golpe recibido en la cabeza influyeron de tal modo en ella, que al día siguiente se desesperaba de su vida.

—Pero Dios mío, exclamó la Marquesa de la Fé, eso fué casi un asesinato!

—No; puedo afirmar... solo sé que yo no la toqué: señora, y por consiguiente nada tuve que ver en ello.

—Nada! Oh! señor Nicolás; yo creo lo contrario! en fin concluya V., vá siendo tarde y pronto vendrán nuestros amigos.

—Lorenzo no venia, á pesar de que se le esperaba con afán.

Uno de los sobrinos de D. Damian se constituyó en dueño de la casa, el otro no se dejó ver en algunos días.

Se le hizo al cadáver un lujoso entierro, y se vistieron de luto todos.

Dolores estaba muy mala.

Desvariaba mucho, y en el desvario empezó á decir cosas que dieron algo que sospechar; hablaba de un testamento, de unas llaves... me nombraba á mí: decia que yo la sugetaba... mil cosas en fin, pero confusas todas, todas sin ilacion.

Avisada la justicia quiso tomar parte; pero ¿que iban á hacer? que podian probar?

Al cabo de cuatro días la infeliz murió... pobrecilla! aun me parece estar viendo su cadáver y la desesperacion de Lorenzo cuando la encontró muerta!

—Como! pues llegó á tiempo?...!

—De verla de cuerpo presente en la iglesia, á donde la llevaron depositada, pues los nuevos dueños de la casa en que habia vivido no la quisieron dar asilo en ella para pasar una última noche!

—Esto es muy terrible, señor Nicolás, es espantoso.

—Sí señora, lo comprendo! pero... repito que no fui yo, Adelante.

—Cuando el pobre Lorenzo llegó, su asombro y su pesar no tuvieron límites! Oh! piénselo V. E., todo lo habia perdido en un instante, protector, esposa, bienestar,

porque los sobrinos de D. Damian le dieron orden de salir de su casa apenas llegó á ella, no dejándole sacar nada de cuanto poseia, acreditando facilmente que todo era de su tío.

—Todo!

—Sí, todo... menos su cama, las ropas de su uso, y un cuadro de que el infeliz no quiso desprenderse porque Dolores le tenia en particular aprecio, y pudo probar que siempre le habia pertenecido.

—Pero ¿no hubo nadie que protestase, no hubo nadie que se opusiese á aquella infamia? V...

—Yo... yo señora habia recibido algun dinero por callar. Ya he dicho á V. E. que la justicia tomó parte, pero como no tenia pruebas ningunas contra aquellos hombres nada pudieron hacer. Yo era el único que lo sabia todo y...

—Qué?

—Me llamaron, me hicieron jurar que diria la verdad...

—Y V.?...!

—Declaré que habia estado aquella noche en la era... en esto no mentia, pues habia estado allí: fiados en mi juramento creyeron que la pobre Dolores deliraba, y no dieron valor ninguno á sus palabras. Por lo demás... por lo demás yo no hice mas que callar: tomé el dinero que me dieron: ellos se posesionaron de aquella herencia, dieron algo á los otros y...

—Y Lorenzo?

Oh! él sin duda sospechó la verdad, y sobre todo cuando me vió comprar algunas tierras. Pero estaba tan abatido, tan anonadado que en muchos días no dió señales de vida; parecia que se habia quedado mudo! después salió del pueblo y no le volví á ver mas, hasta ayer que...

—Como! sería?...!

—El mendigo ciego á quien V. E. socorre señora!

—Él! ah! he aquí las consecuencias de su culpa de V.! no creia en verdad que fueran tan dolorosas!

La Marquesa quedó por un momento pensativa y llena de asombro, admirando los supremos decretos de la santa providencia que habia reunido á aquellos dos hombres cuando mas lejos estaban de ello.

Entonces tambien recordó la carta que sus nietos habian encontrado oculta en el cuadro del tío Lorenzo, y una sospecha bien fundada acudió á su imaginacion, haciéndola exclamar,

—Oh! qué idea! si aquel papel encerrará alguna explicacion de todo esto?

—Qué dice V. E., señora? preguntó Nicolás alarmado.

—Por ahora no puedo aclarar á V. mis palabras, pero mañana quizá le diré algo muy interesante. Entre tanto, debo hacer á V. una pregunta á la cual tengo derecho á que conteste con toda sinceridad, puesto que me ha elegido por juez y por consejera.

—Oh! pregunte V. E. cuanto quiera que yo estoy dispuesto á decirle la verdad.

—Pues bien, consulte V. á su corazon, y dígame si está verdaderamente arrepentido de su falta.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.

Ayuntamiento de Madrid